

Hoy quiero hablarte de un tema que es muy cercano y querido a mi corazón. Es un tema, es una verdad que siento que nunca ha sido tan relevante en la historia del mundo, especialmente cuando se trata de nosotros como creyentes, como líderes y pastores. Quiero hablarte de la **santidad**.

He estado en el ministerio por un poco más de 20 años y he visto y he conocido a muchas personas, a muchos líderes, predicadores y pastores increíblemente talentosos, que eran tan dotados en el escenario, que eran valientes al predicar, que sabían cómo predicar el evangelio.

Pero en el escenario eran de una manera, y en su vida personal eran de otra. No tenían la santidad para respaldar lo que predicaban desde la plataforma. Déjame decirlo de otra manera: no tenían el carácter para sostenerse en el lugar al que su talento los había llevado. Y, lamentablemente, porque eran deficientes y carecían en el área de la santidad, ese ministerio tan asombroso que tenían, les fue quitado. Cayeron de la gracia.

Algunos de ellos tuvieron fracasos morales, engañaron a sus cónyuges. Algunos se autodestruyeron y se encontraron fuera del ministerio porque carecían en esta área de la santidad personal. Escucha bien: es la **santidad** la que le da a nuestro mensaje, a nuestras palabras, su **validez** y **autoridad**.

Piensa en Jesús, nuestro Señor y Salvador. Él predicaba con una valentía asombrosa. Predicaba la verdad. Tenía una autoridad que lo respaldaba porque, debajo de eso, podía sostenerlo con Su santidad divina. Y como líderes, como creyentes, como cristianos —y esa palabra en el idioma original literalmente significa "pequeño Cristo"— es nuestro deber **esforzarnos por la santidad**. Es nuestro deber parecer y actuar más como Jesús.

De hecho, el apóstol Pedro escribió a la iglesia y nos recordó lo que Dios nos ha mandado como Su pueblo: que debemos ser **santos como Él es santo**. Así que, cuando se trata de la vida cristiana, la búsqueda de la santidad no es una opción, no es una sugerencia. Es, de hecho, un mandamiento. El apóstol Pablo —a quien todos admiramos— escribió a su joven discípulo en la fe, Timoteo, y le dijo en 2 Timoteo 2:19: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.” Que no tenga nada que ver con el pecado y la iniquidad. Eso es lo que está diciendo: **seamos santos**.

Esto lo entendemos, lo sabemos. Me atrevería a decir que todos queremos desarrollar esto. Todos deseamos encarnar esto en nuestras vidas y en nuestro ministerio.

Pero si somos honestos,

si nos miramos al espejo, tenemos que preguntarnos: “¿Qué tan rápido somos para compartimentalizar diferentes áreas de nuestras vidas, diferentes partes de nuestra vida?”

Como pastores y líderes, a veces hacemos esto.

Predicamos con fuerza el domingo y luego llega el lunes, el martes y caemos en diferentes áreas.

¿Por qué? Porque no nos hemos entregado a la santidad personal. Me acuerdo de lo que Pablo le escribió a Timoteo en 1 Timoteo 4:16: “Ten cuidado de ti mismo. Ten cuidado de ti mismo, no

solo de las personas a las que les predicas.” Le dijo: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.”

Escucha mi corazón aquí: sabemos que hemos sido llamados a la santidad,

pero ¿con qué frecuencia fallamos en diferentes áreas de nuestras vidas cuando llega el lunes, el martes, el miércoles y ya no estamos en la plataforma ni a la vista de la gente y ese filtro de santidad se nos cae, verdad?

Escucha bien: se supone que debemos ser diferentes del mundo.

Debemos ser la misma persona fuera del púlpito que dentro del púlpito. Debemos parecer a Cristo de modo que cuando las personas a nuestro alrededor, nuestros compañeros de trabajo, familiares o vecinos nos vean, tengan una idea de quién es Jesús. Debemos ser como Cristo estemos en la iglesia o no. Como creyentes, nuestros valores, nuestras acciones, deben ser **apartados**. Creemos, actuamos y pensamos diferente cuando se trata de temas como el dinero, la sexualidad, la sobriedad o incluso las palabras que salen de nuestra boca. Recuerdo al salmista que dijo: “Señor, sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti.”

Y escúchame bien: porque nuestros valores informan nuestras acciones, nuestro estilo de vida debe ser diferente al del mundo que nos rodea. Si realmente valoramos la santidad, eso debe verse reflejado en nuestras acciones. Debemos ser irreprochables. Debemos ser santos como Jesús es santo.

¿Eso significa perfección sin pecado?

No, absolutamente no.

Llevamos este tesoro en vasos de barro, como dice la Escritura. Pero este llamado a la santidad es un llamado a crecer en madurez cristiana. Y, por si no lo has escuchado, ese es el objetivo en la vida cristiana: la **madurez**. El objetivo no es vivir tan bien que un día lleguemos al cielo y crucemos las puertas de perla y caminemos por las calles de oro y digamos: “Lo logré.” Ese no es el objetivo en la vida cristiana. El momento en que confiamos en Jesús y en Su obra terminada en la cruz y en Su resurrección, el cielo y la eternidad nos fueron asegurados. Pero el objetivo en la vida cristiana es crecer cada día, madurar, parecernos cada vez más a Jesús. Ser transformados a Su imagen.

Ser cada vez más santos como Él es santo.

Creo que a veces, incluso como pastores y líderes, debemos mirarnos al espejo y preguntarnos: “Si no estoy creciendo, si no estoy viendo progreso en esta área de mi vida, si diferentes áreas de mi vida aún se ven como antes de venir a Cristo, si comienzo a buscar excusas para validar o justificar pensamientos o comportamientos mundanos, entonces tal vez, solo tal vez, es tiempo de pasar tiempo con Dios y rodearme de buena rendición de cuentas espiritual.”

Porque escucha bien: si hay algo que debemos perseguir en esta vida, es la santidad.

De ese modo, cuando la gente nos vea, cuando la gente entre en contacto con nosotros, ya sean

creyentes o no, se irán diciendo: “Esa persona...

ha estado con Jesús.

Ha estado con Jesús.” Yo quiero que la gente diga eso de mi vida. Cuando entren en contacto conmigo, quiero que noten algo diferente a todos los demás. Quiero que puedan decir: “Oye, ese hombre ha estado con Jesús.”

Rápidamente, déjame darte tres razones por las que la santidad importa.

Número uno: La santidad en nuestra vida importa porque un día estaremos delante de Jesús y daremos cuentas de nuestras vidas.

Nunca lo olvides: la vida es como un vapor. El libro de Santiago nos dice que la vida es como un vapor. Aparece por un momento y luego desaparece. Nunca lo olvides: esta tierra **no es nuestro hogar**. Fuimos creados para algo diferente, para un lugar mejor. Aquí somos solo peregrinos. Pero te digo algo: en estos años que tenemos aquí en la tierra, la manera en que vivimos importa porque vamos a tener que dar cuentas de nuestra vida.

Uno de los pasajes más impactantes de toda la Biblia es cuando Jesús dice que no todo el que le diga: “Señor, Señor,” entrará en el reino.

“Señor, Señor,

te conocí.” Él dijo que no todo el que diga eso entrará en el reino. De hecho, Jesús dice que en aquel día habrá una separación de ovejas y cabritos, de trigo y cizaña. Ovejas y cabritos pueden parecerse. Se pastorean juntos.

El trigo y la cizaña crecen uno al lado del otro. A veces incluso se parecen, pero no son lo mismo. Jesús dice que las ovejas y los cabritos serán separados. El trigo y la cizaña serán separados. Eso es un creyente y un no creyente. Jesús dice que vendrá un día de juicio en el que serán separados. Él dice que en aquel día habrá una gran celebración, pero algunos no estarán preparados para Su venida. Vamos a llegar a la puerta y vamos a llamar y diremos: “Señor, déjanos entrar. Te conocemos,” y Él responderá:

“Sí, pero yo nunca los conocí.”

No quiero que ese sea el caso.

Podemos ser muy reconocidos aquí en la tierra. La gente puede conocer nuestro nombre. Podemos usar túnicas y togas académicas.

Podemos ser genios literarios. Podemos tener millones de seguidores en redes sociales, pero ninguna de esas cosas nos da acceso a la presencia de nuestro Rey. Escucha: yo quiero parecerme a Cristo en esta vida porque viene un día en el que tendré que presentarme ante Él y rendir cuentas de mi vida. Y cuando llegue allí, quiero que los ángeles me miren y digan: “Oye,

ese hombre,
se parece a Jesús.”

Por eso importa la santidad. La segunda razón por la que importa la santidad es que mientras estamos aquí en la tierra, **representamos a Cristo**. El apóstol Pablo dice: “Somos sus testigos. Somos sus embajadores.”

Se nos ha dado este ministerio de reconciliación. Nuestro trabajo es clamarle al mundo y decirle: “Sean reconciliados con Dios.” Pero déjame preguntarte: si nuestras vidas no se ven diferentes a las del mundo,

cuando les digamos: “Oye, necesitas reconciliarte con Dios,” la gente nos mirará y dirá: “Espera, espera.

¿Por qué necesito reconciliarme si mi vida se parece tanto a la tuya?”

Y si ese es el caso,

¿de qué sirve nuestro testimonio? Escúchame: la iglesia de Jesucristo

no necesita más manchas ni cicatrices. No necesita más ojos morados. No.

La iglesia debe ser presentada en su belleza al mundo que nos rodea. Debemos hacer nuestra parte para ser santos como Jesús es santo, para poder decirle al mundo con humildad: “Sígueme, así como yo sigo a Cristo.”

Yo vivo con un temor santo de esto. No quiero que mi vida sea un obstáculo para que alguien más se acerque a Jesús.

Más bien, quiero ser como un imán. Que cuando la gente me vea, diga: “Hay algo diferente. Hay algo puro. Hay algo santo.”

Ese hombre tiene algo que yo no tengo, y quiero tenerlo para poder seguir a Jesús. Entonces podemos decirles: “No, no quieres ser como yo. Quieres ser como el Salvador.”

Y, en tercer lugar —y tal vez lo más importante—

la santidad importa porque el **avivamiento**

no vendrá sin santidad.

El avivamiento no vendrá sin santidad.

Ahora, he tratado de ser un estudiante de la historia, y he estudiado los diferentes movimientos de Dios, los diferentes avivamientos que han ocurrido a lo largo de los siglos.

¿Y sabes qué? El denominador común de cada movimiento de Dios, de cada avivamiento, ha sido que hubo un llamado a la santidad.

Hubo un llamado a la oración, personas de rodillas. Hubo una fuerte convicción de pecado, y te digo: el mundo necesita eso otra vez hoy.

Hay un avivamiento muy famoso que ocurrió justo a principios del siglo XX: el avivamiento galés en la nación de Gales.

En Gales, se decía que cientos de miles de personas conocieron a Cristo. Y dicen que la chispa que encendió el avivamiento galés fue una oración. Fue una oración que hizo un hombre llamado Evan Roberts.

Evan Roberts era un hombre sin educación formal, un herrero.

Trabajaba en ese oficio.

Dicen que la oración fue algo así: mientras Evan Roberts estaba en su taller de herrería, forjando un pedazo de metal, empezó a orar: “Señor,

dóblame.

Dóblame.”

Me lo imagino allí con ese pedazo de metal, calentándolo en el fuego hasta que se pusiera al rojo vivo. Luego lo ponía sobre el yunque y empezaba a golpearlo para doblarlo y darle forma. Y mientras lo hacía, algo en su corazón clamó: “Señor,

dóblame.

Dóblame como a este hierro. Dóblame el corazón. Dóblame mi voluntad a tu voluntad. Úsame.”

Y Dios encendió su corazón en fuego, y fue la chispa que inició el avivamiento galés. Mi oración para nosotros como líderes, mi oración para nosotros como creyentes, es que hagamos esa misma oración: “Señor, dóblanos. Dóblanos a tu voluntad. Haznos santos como tú eres santo, porque entendemos que sin santidad, sin ese llamado al arrepentimiento,

no puede haber avivamiento.” De hecho, en Isaías 35 hay un pasaje profético que dice que Dios vendrá a rescatar a su pueblo. Es un cuadro de Dios abriendo los ojos de los ciegos y destapando los oídos de los sordos. Es una imagen de renovación, de Dios haciendo milagros, de aquellos que estaban ciegos al evangelio. Dios les abrirá los ojos para verlo. A aquellos que no tenían oídos para oír el evangelio, Dios les destapará los oídos. La imagen continúa: dice que aparecerán estanques en el desierto, que el yermo se convertirá en ríos de agua. Es un refrigerio, una imagen de lo que Dios quiere hacer en la tierra. Pero hay un versículo muy interesante.

Isaías 35:8,

hablando de este cuadro profético del avivamiento,

dice: “Y habrá allí calzada.

Y camino se llamará Camino de Santidad.”

Escucha: la calzada que nos lleva de donde estamos al lugar del avivamiento es la **santidad**.

Nosotros, como líderes, debemos encabezar eso diciendo: “Señor Jesús, dóblame a tu voluntad. Hazme más como tú. Hazme santo como tú eres santo, y enséñame a guiar al pueblo con temor de Dios.”

Te digo: la santidad importa porque el avivamiento no vendrá sin santidad.

Y, por último, quiero abordar brevemente esto: ¿cómo crecemos en esta área de la santidad?

Escucha bien: solo hay una manera, y no hay atajos.

Crecemos en santidad pasando tiempo con Jesús, pasando tiempo con Él.

Y déjame recordarte: lo encontramos en varios lugares.

Lo encontramos en el lugar de la **comunidad**.

De hecho, Él dijo: “Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”

Y cuando estamos en ese espacio de comunidad,

déjame preguntarte: ¿se le siente en nuestras conversaciones? ¿Se le siente ahí, en el centro?

Lo encontramos en la comunidad, pero también lo encontramos en Su **Palabra**, ¿verdad?

Él es la Palabra. Él es la Palabra hecha carne. Y cuando leemos Su Palabra, cobra vida para nosotros. Tenemos una experiencia y un encuentro con Su presencia. También lo encontramos en el **lugar de la adoración**.

¿Pasamos tiempo adorando por nuestra cuenta? Si nuestra adoración está limitada a unos minutos el fin de semana rodeados del pueblo de Dios, eso es bueno, pero no es suficiente.

La Biblia dice en el libro de los Salmos que Él habita en la alabanza y la adoración de Su pueblo. Él está ahí, en el lugar de la adoración. Pero, escucha bien: por encima de todo, Él se encuentra en el lugar de la **oración**,

en esa conversación íntima con Él. La oración no es solo el lugar donde descargamos nuestras almas con todas las cosas que necesitamos y luego nos vamos. No. Es una conversación. Sí, hay un espacio donde podemos abrir nuestro corazón y decir: “Señor, necesitamos esto de ti. Necesitamos tu ayuda.” Pero también necesitamos sentarnos y escuchar porque Él siempre está

hablando y quiere alentar nuestro corazón.

Y luego lo encontramos en el lugar de la **quietud**.

En el lugar de la quietud.

Creo que a veces este es el lugar más difícil porque no estamos quietos el tiempo suficiente para encontrarnos con Él.

Él dijo: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”

Hay un escritor cristiano famoso llamado Henri Nouwen.

Él escribe que Jesús, muchas veces, para descansar y recargar, se apartaba y pasaba tiempo con el Padre.

Y que al hacerlo, no era tanto para recargar Sus energías y luego volver al ministerio, sino que Jesús se apartaba para estar a solas con el Padre porque esa era Su principal y mayor **prioridad**. ¿Me entiendes? Jesús no se apartaba solo para recargarse y luego volver a las personas. Seguramente eso era parte de ello, pero sobre todo, la razón número uno por la que Jesús se apartaba a estar a solas con el Padre era porque esa era Su primera y más grande prioridad: amar al Señor Su Dios

con todo Su corazón, con toda Su alma, con toda Su mente y con todas Sus fuerzas. Y ese es el primer mandamiento para nosotros: que lo amemos con todo lo que somos. Y sé que el ministerio es agotador.

Sé que lo que hemos sido llamados a hacer puede parecer abrumador, pero no podemos lograr lo que Dios nos ha pedido que hagamos sin pasar tiempo con Él, estando quietos en Su presencia. Es ahí, en ese lugar de Su presencia, donde nos volvemos más como Él. Es ahí, en ese lugar de Su presencia, donde crecemos en valentía. Es ahí, en ese lugar de Su presencia, donde crecemos en santidad cuando pasamos tiempo con Él sin prisa.

Nuestro clamor debe ser: “Señor,

hazme más y más como Tú.”

Déjame preguntarte: ¿cuándo fue la última vez que pasaste tiempo sin prisa en Su presencia?

Y me doy cuenta de que hoy en día, el tiempo sin prisa es casi desconocido, pero debemos pasar tiempo en Su presencia. Escucha bien: ese tiempo sin prisa en Su presencia es el lugar donde la unción es derramada.

Y escúchame: si vamos a ser lo que Dios nos ha llamado a ser, si vamos a lograr lo que Él nos ha llamado a lograr, no podemos hacerlo sin la unción de Dios. Debemos tener Su unción. La Escritura dice que es la unción la que rompe el yugo, pero no hay atajos para la unción.

No. Se encuentra y se fortalece en el lugar de Su presencia.

Debemos tener la unción.

La unción es maravillosa.

La capacidad de hablar, comunicar y articular el evangelio.

Es increíble y es bueno tenerla, pero no sustituye la unción.

Y necesitamos buscar esa unción, y nuevamente, se encuentra en el lugar de Su presencia. Y es ahí, en Su presencia, donde avanzamos a nuevos niveles y mayores grados de santidad.

Nuevamente,

de mí para ti,

que podamos decirle al mundo que nos rodea: “Sígueme como yo sigo a Cristo.” Que nuestra oración más grande sea que cada día crezcamos, maduremos y nos parezcamos cada vez más a Jesús, especialmente en este tiempo y especialmente en esta área de la santidad.

Oro para que Dios te bendiga, te guarde, haga resplandecer Su rostro sobre ti. Oro para que sea bondadoso contigo, que alce Su rostro sobre ti y te dé Su paz.

Que el Señor nos ayude a vivir en santidad, a buscar Su presencia y Su voluntad para que podamos reflejar Su gloria y Su carácter a un mundo que tanto lo necesita. Que podamos ser un testimonio fiel de Cristo y que, a través de nuestras vidas, otros sean atraídos a Él. Que cada día podamos decir: “Señor, hazme más como Tú.” Y que en esa búsqueda constante, Su gracia y Su Espíritu Santo nos transformen para Su gloria. Amén.